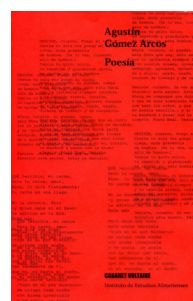


**CABARET VOLTAIRE**

facebook: Editorial Cabaret Voltaire

www.cabaretvoltaire.es

prensa@cabaretvoltaire.es



***Novedad***  
abril 2011

ISBN 978-84-937643-9-5

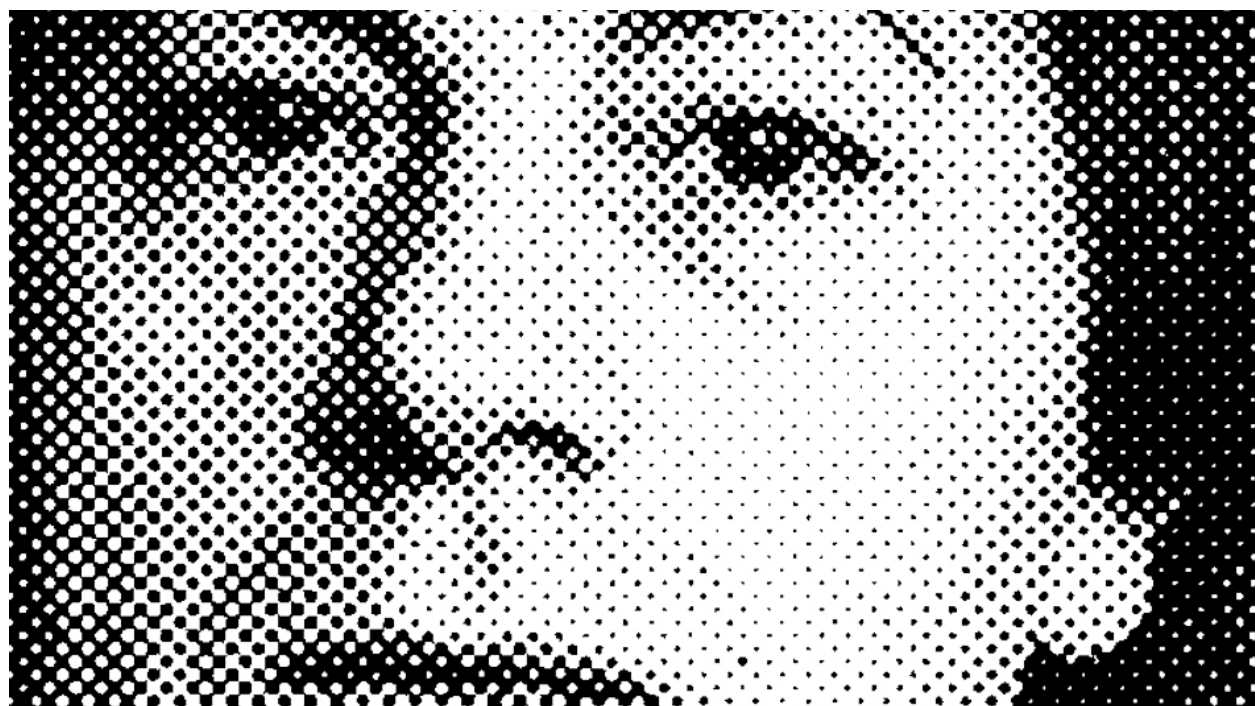
144 páginas. PVP 14.95

## ***Poesía. Obra Completa*** ***de Agustín Gómez Arcos***

Durante largos años, el público español no ha tenido acceso a la obra literaria de Agustín Gómez Arcos (Enix, 1933 - París, 1998). Si los que se han asomado a la producción de este almeriense conocen su doble faceta de dramaturgo en castellano y novelista en francés, apenas son un puñado quienes han podido leer su breve pero intensa obra lírica.

Gómez Arcos es el dramaturgo de los años sesenta olvidado por sus compatriotas, el novelista exiliado enaltecido por los lectores franceses y, hasta hoy, el poeta desconocido en ambas vertientes del Pirineo.

Su breve obra poética está compuesta por dos poemarios, *Ocasión de paganismo* y *Pájaros de ausencia*, ambos de 1956, más una veintena de poemas sueltos. Una producción escasa –alrededor de sesenta poemas– que data de ciertos momentos bien concretos en la biografía del escritor: los años 1954 a 1956 en Cataluña y los primeros años de su vida en París, de 1968 hasta 1972.



# El autor favorito de Mitterrand

Rescatada la obra de Gómez Arcos, escritor español ● Censurado por Franco, triunfó en el exilio

TEREIXA CONSTENLA  
Madrid

Cada nueva novela se recibía con un viejo ritual: la visita del chófer del presidente de la República al domicilio del escritor para recoger un libro dedicado. François Mitterrand admiraba a aquel autor español que escribía en francés: Agustín Gómez Arcos (Enix, Almería, 1933-París, 1998), que triunfó en su voluntario exilio en Francia y fracasó en España, arrinconado en la esquina de los malditos.

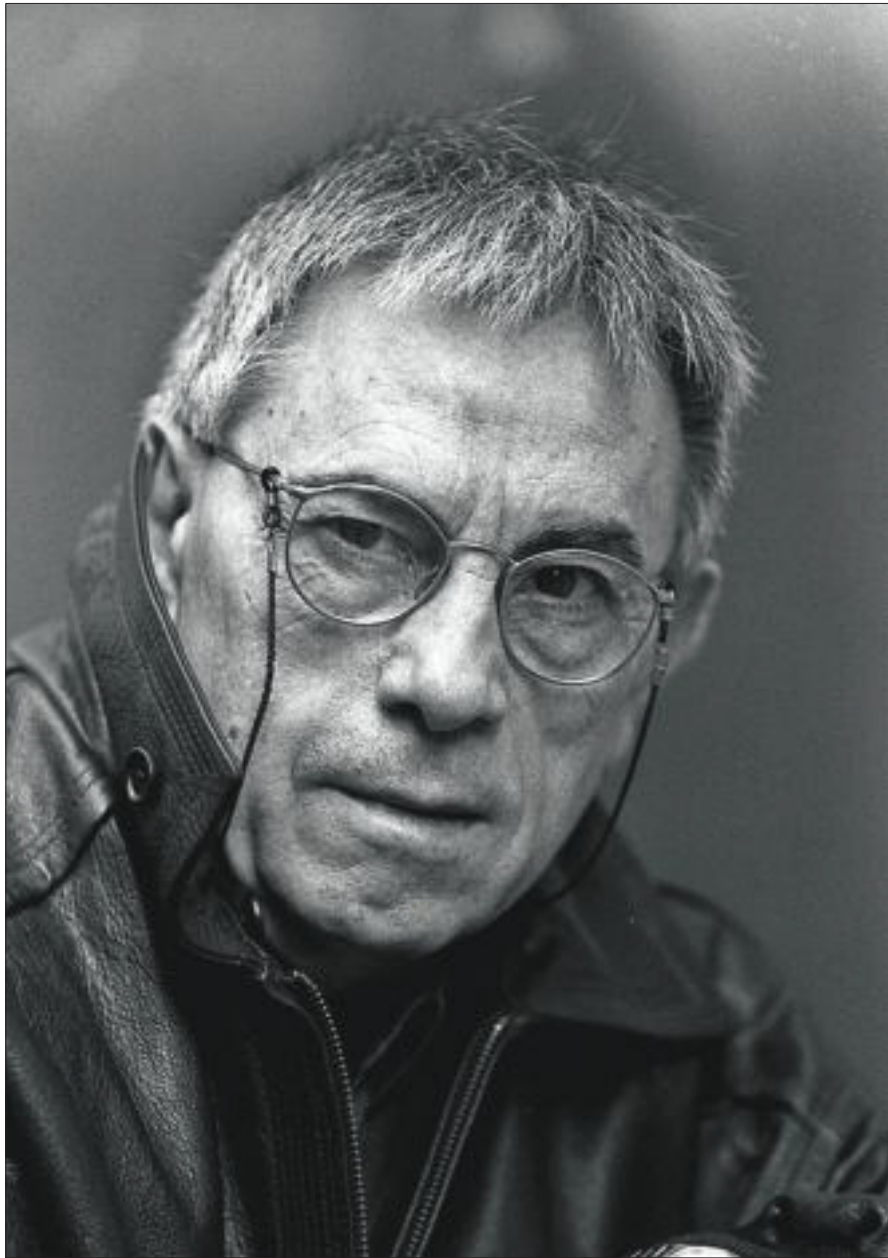
Contra esa marginación pugna la editorial Cabaret Voltaire desde 2007, cuando publicó *El niño pan* (traducción de María del Carmen Molina Romero), al que siguieron *El cordero carnívoro* (2008), *Ana no* (2009) y, ahora, *La*

prestigioso y fue enterrado en el cementerio de Montmartre.

En España estaba muerto hacía mucho tiempo. Muerto para la cultura: sólo dos obras habían sido traducidas al español, *Un pájaro quemado vivo* (Debate, 1986) y *Marruecos* (Mondadori, 1991). Muerto en Enix, el pequeño pueblo de Almería que ya ni le recordaba y donde había nacido en una familia numerosa represaliada por su republicanismo. Muerto en Barcelona, la ciudad a la que se habían mudado tras la posguerra y de la que desapareció un buen día para abandonar los estudios de Derecho y consagrarse al teatro. Muerto en Madrid, donde brilló como dramaturgo (escribió 15 obras y ganó el Premio Nacional Lope de Vega en 1962 y 1966) y se estampó contra la férrea censura franquista.

Gómez Arcos había muerto incluso cuando Franco ya se había muerto. Eso era lo que más le enojaba. En 1985, en una visita a Madrid, con los socialistas en el Gobierno y a pesar de su buena relación con Felipe González y del estreno teatral de algunas de sus obras, lamentaba: “Me han cerrado todo con el mismo estrépito con que lo hizo el franquismo. Los políticos españoles han dejado sin contenido a la palabra libertad. Se pueden leer y ver obras en las que los personajes dicen tacos, muestran las tetas y se drogan. Pero en lo que respecta a la política, hay una censura feroz”.

“Siempre fue un outsider que no aprovechó su éxito, pero a pesar de la parte cínica y la mala leche, le hubiera gustado ser reco-



Agustín Gómez Arcos, durante una visita a España en 1994. / SANTOS CIRILO

nocido en España”, defiende Antonio Duque, el actor que alimentó durante 40 años su amistad con el escritor. Se habían conocido en el café Gijón y se convirtieron en inseparables. En Madrid compartieron piso con Miguel Narros, pero luego Duque arrastraría a Gómez Arcos a Londres y, en pleno 1968, a París. “Llegar y echar a correr todo fue uno”, bromea el actor. Antes de irse, Gómez Arcos le escribió una carta a Manuel Fraga, a la sazón ministro de In-

formación y Turismo, para quejarse del ninguneo que sufrió. Demasiado radical para la dictadura, pero también demasiado radical para la Transición, donde aún no había espacio para la memoria histórica que impregna la obra de Gómez Arcos, anticlerical, izquierdista y homosexual. “En aquel momento, España no quería mirar atrás y él no lo entendía porque ya había democracia”, precisa Miguel Lázaro, coeditor de Cabaret Voltaire. Atrapado

en esa relación ambigua con su país de origen, Gómez Arcos visitó con cierta frecuencia España en los noventa. Recibió algún reconocimiento tímido, pero los temas de sus obras estaban lejos de interesar en un momento en que el pasado seguía acechando sobre los cogotes. Su peripecia era atípica: pastor, estudiante modélico, prometedor dramaturgo, camarero buscavidas en Francia y profeta en tierra extraña, capaz de doblar una lengua ajena como si fuera propia. Escribía sobre incestos, derrotados, homosexuales, luchadores y represiones.

Miguel Lázaro cree que la carga biográfica pesó como una losa sobre su vida y su literatura. “Cuando acaba la guerra tiene seis años y ve las consecuencias para su familia, cómo se cambia del tiempo de ilusión en que su padre era el alcalde republicano y su madre la panadera a otro de encarcelamientos y penurias”, compara. Esa transición es patente en *El niño pan*, tan autobiográfica que causó una sublevación en su pueblo natal, Enix, cuando se publicó hace tres años. “No cambia nada, usa los nombres y los mores reales de familias que siguen allí”, afirma Lázaro. Molestó tanto que se recogieron numerosas firmas para pedir que le retirasen su nombre a una calle y el nombramiento de hijo predilecto. El destino de los malditos.

## ÍDOLOS DE LA CUEVA

### Cristo versus Jesús

MANUEL  
RODRÍGUEZ RIVERO



A la Iglesia católica le crecen los enanos. En realidad, nunca dejaron de hacerlo, sobre todo desde que las luces del XVIII comenzaron a alumbrar a sectores de la población hasta entonces casi exclusivamente iluminados por la doctrina suministrada por el Vaticano y sus ideólogos. La Iglesia ha sido —al menos desde el siglo IV— fuente de poder e influencia: de hecho, y como se ha señalado repetidamente, la religión fundada por Cristo, e institucionalizada por quienes hablaban en su nombre, tiene el privilegio de ser la única con un experimentado cuerpo diplomático —dirigido directamente por el Papa— capaz de leerle la cartilla a los poderes terrenales cuando las cosas no funcionan a su gusto (y no sólo en cuestiones de dogma), lo que, sin duda, tiene sus costes. De ahí que algunos católicos estadounidenses hagan coincidir el espectacular desvelamiento mediático de los escándalos de pederastia protagonizados por sacerdotes con la postura crítica del Vaticano respecto a la invasión de Irak. ¿Por qué el escándalo pedófilo no estalló antes?, se preguntan.

Ahora, mientras la crítica se extiende, avivada con revelaciones que salpican a personajes representativos de congregaciones religiosas, en los templos europeos continúa la defeción de los feligreses. La Semana Santa, que es el gran momento litúrgico de la Iglesia (la resurrección de Cristo es lo que lo justifica al cristianismo como religión), se inicia mientras arrecian los reproches. El silencio culpable y culposo que la jerarquía eclesiástica ha mantenido durante demasiado tiempo ante las prácticas pederastas (o efebófilas, según un término tan poco afortunado como el de *nasciturus*) de

### El silencio culpable que la jerarquía eclesiástica ha mantenido ante las prácticas pederastas llena diarios escritos y digitales

una amplia minoría de sacerdotes es ya un clamor que llena multitud de páginas de diarios escritos y digitales. Las disculpas y contriciones (no tan intensas como desejarían los católicos más abochornados) han llegado con demasiado retraso y autocomplacencia a las homilias del domingo.

Y en ese ambiente de rampante descrédito, hoy, vispera de Jueves Santo, se publica en Gran Bretaña (por Canongate) un libro que se convertirá en *best seller* y cuyos contenidos suponen un nuevo torpedo dirigido contra la Iglesia y sus fundamentos espirituales y teológi-

cos. Lo cierto, en todo caso, es que el terreno estaba abonado: más allá de su inanidad literaria, el fenómeno *El código Da Vinci* —80 millones de ejemplares vendidos, películas, secuelas, imitadores— ha contribuido a minar la credibilidad popular en la Iglesia en mayor medida que trescientos años de crítica atea y anticatólica, desde el cura Meslier (su devastadora *Memoria contra la religión* ha sido publicada por Laetoli) hasta Michel Onfray.

El libro en cuestión es *The good man Jesus and the scoundrel Christ* (*scoundrel*: bribón, sinvergüenza), y su autor es Philip Pullman, considerado (por *The Times*) uno de los 50 más importantes escritores británicos desde la Segunda Guerra Mundial. En su nuevo libro, Pullman, cuya trilogía fantástica *La materia oscura* (Ediciones B) lo convirtió en uno de los autores más cotizados de la literatura juvenil de los noventa, lanza un nuevo torpedo contra el cristianismo a partir de una relectura ficcionalizada de los Evangelios. María engendró no a un hijo, sino a dos: Jesús, saludable, carismático y sincero, y su gemelo, Cristo, enfermizo, libresco y manipulador. Y es de Cristo —más consciente del poder de la religión— de quien surgirá la Iglesia y su burocracia. A partir de estos dos personajes en conflicto —una especie de Jekyll y Hyde galileos—, Pullman reinterpreta y reconstruye provocativamente (los cristianos ya hablan de blasfemia) el más importante texto de referencia de la Cristiandad. La republicación de algunos de los capítulos (por ejemplo, los que se refieren a la anunciación y a la concepción de los niños, o a la experiencia de Cristo con la prostituta) ha multiplicado las reservas en las librerías. Con la que está cayendo, el libro de Pullman no se presenta precisamente como un regalo de Pascua para la Iglesia.

